

PAUSA, BASE VERBAL Y GRADO CERO

El estudio de la frase nominal ha preocupado constantemente a los lingüistas¹. Ello no es extraño si se tiene en cuenta su particular estructura. En los diversos problemas que plantea el análisis de este tipo de frases, no es el menor ni el menos apasionante el relativo al papel del verbo en las mismas. La cuestión puede ser formulada en estos términos: existe una serie de frases llamadas *nominales* que se caracterizan fundamentalmente por carecer de una forma verbal explícita. Cabe preguntarse: ¿Es posible o no descubrir en ellas un verbo? ¿Existe quizá en ellas un verbo en grado cero? ¿Es posible o no descubrir en ellas una función verbal o al menos unas categorías propias del verbo? Estas preguntas tuvieron respuesta muy concreta hace ya más de diez años en dos memorables artículos que han contribuido no poco al conocimiento de la verdadera naturaleza verbal: el uno, de Hjelmslev²; el otro, de Benveniste³. La importancia de una toma de actitud en el problema es capital, pues está en debate nada menos que el concepto mismo de frase y el concepto de la esencia y función del verbo. Los dos ilustres lingüistas propusieron soluciones diferentes. Nadie —que sepamos— volvió a terciar en la disputa. Queremos hoy, al cabo del tiempo, revisar ideas y apuntar nuevos datos para el esclarecimiento definitivo de tan decisivo asunto.

La frase nominal ofrece a Hjelmslev campo fecundo para una crítica aguda de la definición usual del verbo. Se recordará que ya en sus *Principes de Grammaire Générale* lo definía, con palabras nuevas, como

¹ Entre otros, véanse, principalmente, estos estudios: MEILLET, A., *La Phrase Nominale en Indoeuropéen*. «Mémoires de la Société de Linguistique de Paris». 1906, XIV, 1-26. MAROUZEAU, *La Phrase à Verbe être en Latin*. Paris, 1910. LOMBARD, A., *Les Constructions Nominales dans le Français Moderne*. Uppsala, 1930.

² HJELMSLEV, *Le Verbe et la Phrase Nominale*. *Mélanges Marouzeau*. Paris, 1948, 253-281.

³ BENVENISTE, *La Phrase Nominale*. *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 1950, XLVI, 19-36.

semantema no susceptible de morfemas casuales. En el artículo que nos ocupa llega a posición más avanzada. Ni la idea de proceso ni la de conjugación definen ni limitan el concepto *verbo*, excluyendo otras categorías gramaticales: el nombre puede aparecer también con ellas. Tampoco es posible afirmar que el verbo, en una forma definida, constituya el centro de toda proposición¹. En efecto, la frase nominal, en la cual no existe ningún verbo, demuestra que puede darse una proposición integrada exclusivamente por nombres, una proposición sin verbo. Sin embargo, la ausencia de verbo no comporta la ausencia de morfemas verbales, ya que, concretamente, en la misma frase cabría distinguir un presente, un indicativo, una persona, un infecto. ¿Cómo se explica tal hecho? Porque, en sí, verbo y nombre son semantemas funcionalmente indiferenciados, bases neutras: sólo la adición de morfemas específicos podría fijarlos en una función dada. Es decir, sólo elementos formales específicos pueden diferenciar funcionalmente bases o semantemas en sí indiferentes para la función. Ahora bien, si morfemas como tiempo, persona y modo pueden existir sin un verbo, ello significa que no son morfemas específicos de tal categoría gramatical, pues no existe forma sin función ni función sin forma. Para Hjelmslev son *morfemas extensos fundamentales*, sin contenido específico, que pertenecen a la frase, no al verbo. Resulta de todo esto, aparte de una nueva definición del verbo a la que luego aludiremos, que en las frases nominales no es aislable, no se puede hallar ni un verbo ni una función verbal. Hay —eso sí— una serie de morfemas extensos fundamentales específicos de frase que, en modo alguno, necesitan de un verbo para realizarse: esto explica que las frases nominales sean, en último extremo, de la misma índole que las verbales y,

¹ Ya JESPERSEN levantó esta cuestión en su *The Philosophy of Grammar*, cuya primera edición, como es sabido, es de 1924. Citamos por 8.ª ed. Londres, Allen and Unwin, 1958, 309: «It has been made the basis of the grammarian's assumption that every sentence, or every normal sentence must contain a subject and a finite verb; but... it becomes urgent to give a definition of sentence which does not require the presence of those two constituents». Estas palabras pueden mostrar hasta qué punto Jespersen adivinó con agudeza problemas en debate para la gramática. No se ignora tampoco que Hjelmslev siguió con frecuencia conceptos y terminología de Jespersen. La idea de la no-necesidad de un verbo finito para definir la frase parece ganar a los gramáticos, aunque con muchas reservas. Así, WARTBURG y ZUMTHOR, en su *Précis de Syntaxe du Français Contemporain*, 2.ª ed. Berne, A. Francke, 1958, aunque terminan por admitir la definición usual del verbo, ya advierten: «Quoique le verbe ne soit pas, en lui même, une partie du discours plus indispensable à l' enonciation d'un fait ou d'une idée que le nom, le pronom...».

efectivamente, la introducción de una base verbal explícita en ellas conduce sólo a un cambio de relieve, no de esencia. Tal cosa no sería posible si fuesen frases de distinta naturaleza

Benveniste adopta una posición más conservadora: revaloriza el concepto del verbo como elemento necesario para la constitución de un enunciado asertivo completo. Pero, conocedor de los problemas planteados por Hjelmslev, hace una distinción entre función verbal y forma verbal. Esta distinción surge como clave de la solución del asunto planteado. Sabido es que para Hjelmslev no hay función sin forma específica; Benveniste, en cambio, propone un divorcio entre ellas. En la estructura constitutiva de la categoría *verbo* cabe distinguir dos elementos: uno, invariable, inherente al enunciado asertivo y otro, variable, que es la forma verbal material. Esta forma puede encontrarse realizada en verbos —cosa que es lo más frecuente—, pero también en nombres: tal es el caso de la frase nominal. La frase nominal comporta una función verbal, en cuanto que ésta es inherente al enunciado asertivo, sea cualquiera su estructura, pero no comporta una realización material de esa función en una forma verbal, sino en una forma nominal. Es decir, que en la frase nominal no existe en modo alguno forma verbal, ni siquiera en grado cero, aunque sí una función verbal: de ahí precisamente, de esa ausencia de forma verbal, derivan las peculiaridades de dicho tipo de frase.

En definitiva, lo que resulta de estas dos teorías es lo siguiente: la función verbal, que para Benveniste consiste en constituir el centro de todo enunciado asertivo completo, existe en la frase nominal; pero, en cambio, no se da en ella una forma verbal, ni en grado cero. La función verbal, que para Hjelmslev es simplemente servir de conjunción de proposición¹, no existe en la frase nominal, porque no hay tampoco una forma verbal. Hay morfemas, que se habían considerado como específicos del verbo, pero que, en realidad, lo son de la frase. Para Benveniste la frase nominal nada tiene que ver con la verbal, aunque sea ésta de verbo *ser*, porque, si bien en ambas se reconoce una función verbal, no obstante las formas en que ésta se realiza son totalmente diferentes. Para Hjelmslev la frase verbal y la nominal son de la misma naturaleza, porque, al no ser el verbo elemento esencial en la constitución de la frase, no puede ser tampoco elemento diferenciativo —como, por ejemplo, la ausencia o presencia de un adjetivo tampoco alteraría la esencia de la frase—. Esto se hace evidente al comprobar que la presencia de un verbo explí-

¹ Conjunción, para Hjelmslev, significa elemento que une términos complejos. Esta definición de verbo es estrictamente funcional y se aproxima en cierto modo al concepto de *nexus* propuesto por Jespersen.

cito en la frase nominal no comportaría cambio esencial en la misma, sino cambio de relieve, lo cual no ocurriría si se tratase de frases con naturaleza distinta.

Es fácil advertir, tras esta exposición, hasta qué punto están en juego los conceptos de frase y de verbo. La postura de Hjelmslev es consecuente y lógica: de ella derivaría la eliminación del verbo como elemento esencial de la frase. La postura de Benveniste es un intento por salvar el papel esencial del verbo, pero no es fácil demostrar que gramaticalmente haya funciones sin formas específicas. ¿No será un exceso de Benveniste negar hasta la existencia de un grado cero de forma verbal? ¿No será una ilusión de Hjelmslev atribuir a la frase morfemas realmente verbales? Materias hay de discusión entre los hombres: ésta es una. Nosotros nos vamos a limitar a observar algunos aspectos no atendidos del problema y que pueden dar una luz sobre el mismo.

Al hablar de la frase nominal se suele atender exclusivamente a un tipo atributivo cuyo paradigma sería el ya clásico proverbio latino *omnia praeclara rara*. No obstante, es indudable la existencia de una frase nominal de tipo predicativo. Jespersen¹ parece admitirla cuando entre los ejemplos de frases nominales cita casos como *waht*. Pero, de hecho, sus observaciones se limitan sólo al tipo atributivo. Wartburg² reconoce explícitamente su existencia al incluir entre las proposiciones nominales cualquier tipo de expresión *monorremática*, como *feu!*, *encore vous?* En español aparece indubitablemente, como muestran los siguientes ejemplos: *Al centro y ligeros: se ordenó al chófer* (Salinas, *La bomba increíble*. Buenos Aires, Losada, 1950, p. 13). *A mí la lengua quieta; eso de siempre* (Delibes, *Diario de un emigrante*. Barcelona, Destino, 1958, p. 32). *Cuanto más amigos, más clavos* (Quintero, *Doña Clarines*. Biblioteca Teatral, Madrid, s. a., p. 39).

Por lo tanto, es preciso comenzar por distinguir entre frase nominal atributiva y frase nominal predicativa. Frase nominal atributiva será aquella que contiene un atributo del sujeto, una cualidad del mismo a la manera de las frases con verbo *ser*: *¡Hermosos aquellos días!* Frase nominal predicativa será aquella que contiene un complemento no atributivo, a la manera de las frases construidas con otros verbos: *Gracias*. Es im-

¹ JESPERSEN, *op. cit.*, p. 306.

² WARTBURG Y ZUMTHOR, *op. cit.*, p. 21: «Les phrases nominales proprement dites sont: des monorèmes: *feu!*, *haut les mains!*, *silence!*...; des dirèmes...». El concepto de *monorrema* fue utilizado y fijado por SECHEHAYE, *Essai sur la structure logique de la phrase*. París, 1926, pp. 19-38. También él los considera frases con pleno derecho.

prescindible en todo estudio destinado a descubrir la naturaleza y estructura de las frases nominales considerar ambos tipos, no limitarse exclusivamente al primero. La importancia y necesidad de atender a ambos tipos se basa primordialmente en el hecho de que, por haber ignorado la existencia de nominales predicativas, se han construido teorías —sobre el verbo atributivo, por no citar otros casos— basadas en una visión unilateral de los problemas gramaticales y, por lo tanto, inexactas.

Otra limitación frecuente ha sido ceñirse en el estudio de estas frases o a las lenguas clásicas, preferentemente al griego, o al indoeuropeo, como si en las lenguas modernas no aconteciese el fenómeno. Meillet¹ afirmó explícitamente que, fuera del indoeuropeo y el griego, la frase nominal es una anomalía más o menos aislada. Ya Jespersen² reaccionó contra esta opinión y su excelente *A New English Grammar* contiene un luminoso estudio de dichas frases en inglés. La frase nominal aparece abundantemente en nuestros modernos idiomas, no como anomalías, sino como hecho gramatical normal con un puesto muy concreto y determinado en la economía y estructura de la lengua; en otro lugar tuvimos ocasión de fijar todos estos aspectos dentro del español. Y en ejemplos españoles se basan exclusivamente estas consideraciones que estamos haciendo.

Por su estructura externa, por su constitución formal, sólo es posible aislar dos tipos de frases nominales, tanto en las atributivas como en las predicativas: 1) Las que constan solamente de atributo o solamente de complemento sin llevar explícito un sujeto; 2) Las que constan de un sujeto explícito y de un atributo o un complemento. Es evidente que pueden existir varios atributos, varios sujetos o varios complementos; pero siempre se trataría de una sola frase con sujetos múltiples o complementos múltiples. Queremos decir: una frase como *el cielo y el mar serenos y tranquilos*, a pesar de contener dos sujetos y dos atributos, es, en última instancia, una frase del segundo tipo indicado: de sujeto explícito y atributo. El número de elementos que puedan integrar el sujeto, el atributo o el complemento no altera nunca la dicotomía formal establecida. También es indiferente la colocación en que se den los términos, dato que sirvió a Jespersen³ para su clasificación de las proposiciones nominales: que el atributo preceda al sujeto o que el sujeto preceda al

¹ MEILLET, A., *op. cit.*

² JESPERSEN, *op. cit.*, 121: «It is generally said that such nominal sentences are no longer found in our West-European languages, but as a matter of fact there is one particular form in which they are extremely common».

³ JESPERSEN, *A New English Grammar*.

atributo no afecta para nada nuestra clasificación puramente formal. Tampoco le afecta otro criterio posible de clasificación: clase de proposición que constituyan, es decir, si son aseverativas, exclamativas o interrogativas.

Damos a continuación ejemplos de tipos posibles según nuestra clasificación puramente formal: atributiva con sólo atributo: ¡*Hermoso!*; atributiva con sujeto y atributo: ¡*Qué hermosos aquellos tiempos!*; predicativa con sólo complemento: ¡*Al centro!*; predicativa con sujeto y complemento: *A la vejez, pájaros otra vez* (Casona, *La dama del Alba*. Madrid, Aguilar, 1954, p. 524).

Hora es ya, tras estos supuestos, de volver a aquellas preguntas iniciales. Pero aún nos queda un camino algo tortuoso que recorrer. Queremos fundamentalmente llamar la atención sobre un elemento al que hasta ahora no se ha concedido importancia en el estudio de la frase nominal: la función de la pausa en la misma. Es de aquí de donde van a surgir todos nuestros puntos de vista. Es curioso advertir cómo Jespersen, siempre tan agudo, al referirse a la existencia de lo que él llama *nexus sin verbo* en la frase nominal, afirma que todo nexo contiene dos ideas que, necesariamente, permanecen separadas¹. Nunca, sin embargo, aludió a la pausa como elemento de separación. Wartburg² llegó más cerca, al establecer que la melodía diferencia sujeto y predicado, pero tampoco alude a la pausa.

Naturalmente, cuando la frase nominal consta de un solo término simple o complejo se pronuncia en una sola emisión de voz, sin pausa alguna, formando un solo grupo fónico: ¡*Hermoso cielo!* En cambio, cuando la frase consta de dos términos, sea cualquiera el orden en que estén colocados, siempre existe entre ellos una pausa, más o menos breve, y allí precisamente donde se colocaría el verbo de ir explícito. Representando esta pausa por el signo ' vamos a comprobar su existencia en una serie de ejemplos; fueron pronunciados por diversas personas en circunstancias normales y todas hicieron siempre una pausa donde indicamos. No seña-

¹ JESPERSEN, *Phil. of Gram.*, 120: «A final series of nexuses consist of those which contain neither a finite verb nor an infinitive nor a verbal substantive. Here we first encounter the so-called nominal sentences». Poco antes, en 116, afirmaba: «a nexus... always contains two ideas which must necessarily remain separate».

² WARTBURG Y ZUMTHOR, *op. cit.*, 21: «Le sujet de la phrase et le prédicat ont dans ces phrases (se refiere a las nominales) chacun leur melodie et leur accent propres, nettement distinct dans le débit normal».

lamos aquellas pausas obligadas por otras razones, como aparición de un punto y coma en la grafía.

A. Ejemplos de frases nominales predicativas: *A la vejez ' pájaros otra vez* (Casona: *op. cit.*). *A mí ' la lengua quieta; eso ' de siempre* (Delibes, *op. cit.*). Y *¡qué consuelo ' en todo esto!* (Unamuno, *Agonía del cristianismo*. Madrid, 1937, p. 33). *Cuantos más amigos ' más clavos* (Quintero, *op. cit.*).

B. Ejemplos de frases nominales atributivas: *¡Dura cosa ' tener que consolarse con la historia!* (Unamuno, *op. cit.*, p. 15). *¡Qué alivio ' el agua helada sobre mi cuerpo!* (Laforet, *Nada*. Barcelona, Destino, 1954, página 17). *¿Paraiso ' esta casa?* (Alberti, *El Adefesio*. Buenos Aires, Losada, 1944, p. 68). *Mejor ' toro un año, que buey ' un siglo* (Maeztu, *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*. Madrid, Espasa Calpe, 1941, página 103). *La Verdeja ' ciega por el chavea* (Delibes, *op. cit.*, p. 206).

Esta pausa se reduce, a veces, a proporciones mínimas de duración, cuando el tono emocional de la frase apresura la celeridad de emisión, pero nunca llega a desaparecer por completo. Pongamos como caso la pregunta *¿tonto yo?* brotada de la extrañeza de un interlocutor al oírse llamar así. Por mucha que sea su indignación, por mucha que sea su prisa en formular la pregunta, siempre hace una ligera pausa entre las dos palabras: *¿tonto ' yo?*

He aquí, pues, un hallazgo que nos parece importante: siempre que en la frase nominal hay más de un término, siempre que en ella hay un sujeto más un atributo o un complemento, aparece una pausa entre ellos. Nunca, por el contrario, acontece este fenómeno en frases equivalentes con un verbo explícito: *El cielo es azul; llévenos al centro*.

Antes de aventurar conclusiones, no estará de más interrogarse si existen otros casos en que la pausa aparece, al dejar de ser explícito un signo. Efectivamente existen: aparece en casos donde el zeugma es indudable: *La ría estaba gris y refulgente; terso y verdoso ' el mar*. (Pérez de Ayala, *La pata de la raposa*. Madrid, 1923). *Su cara era aguileña, larga y enjuta; saliente y cortante ' su nariz* (*ídem* 104). Es decir, al hacerse elíptico un signo lingüístico —en los ejemplos presentes los verbos *estar* y *ser*— aparece una pausa cuya finalidad evidente es indicar la ausencia del signo. No cabe pensar en los ejemplos aducidos en una función diacrítica de la pausa; es decir, la pausa no aparece para indicar lo que es sujeto y lo que no es, pues la anticipación de los adjetivos y el determinante que acompaña al sustantivo eliminan toda ambigüedad posible al respecto. Esto no quiere decir que la pausa tenga también en otros ejemplos esa función diacrítica a que aludimos; pero lo que queremos dejar claro

es que la pausa no es motivada por esto sólo sino también por la ausencia de signo.

Podemos, con esto, establecer una primera consecuencia: hay que incluir entre los valores propios de la pausa¹ su capacidad para indicar la ausencia de un signo lingüístico. Este signo puede estar elíptico, como en los últimos ejemplos citados, pero este signo —¿por qué no?— puede estar también en grado cero: tal es el caso de las frases nominales con dos términos. De este modo, la pausa recibe, en cierto sentido, en cuanto indicadora de un signo ausente, los valores de este signo. No es, por lo demás, extraño que aparezca la pausa, al no ser explícito un signo lingüístico en circunstancias como las que acabamos de analizar. Alarcos Llorach² afirma que la pausa está en razón inversa a la presencia de elementos conjuntivos. ¿Y qué es el verbo, en definitiva, sino un elemento conjuntivo, un nexus?³ Cuando el nexos verbal no está presente por elipsis, por grado cero, por cualquier otra circunstancia, aparece la pausa indicadora de la ausencia.

Concluiremos, por consiguiente: en las frases nominales de dos términos existe una forma verbal en grado cero, indicada fonéticamente por una pausa, por un silencio que el hablante establece entre ambos términos en cualquier circunstancia. Volvemos así a cierto tradicionalismo en cuanto a la presencia de un verbo en la frase, aunque en ésta aparezcan sólo elementos nominales. Los morfemas extensos de que habla Hjelmslev y que coloca en la frase son verdaderos morfemas verbales, que aparecen en las nominales porque en ellas existe una forma verbal. No es preciso recurrir, como Benveniste, a una hipotética e indemostrable divergencia función-forma, pues en la frase nominal hay una forma verbal claramente indicada por la pausa.

Esta conclusión no puede ser punto final de nuestra investigación; quedan aún varios problemas por resolver, entre ellos, el de la frase nominal de un solo término a la que todavía no nos hemos referido. Sentada, pues, la conclusión de que la pausa puede indicar la ausencia de un signo y lo que esto supone para las frases nominales de dos términos, vamos a ocuparnos de una serie de problemas.

A. Un primer problema se relaciona con el concepto de grado cero. Este concepto, realmente fecundo y esclarecedor de muchos puntos de la

¹ Sobre el valor limitativo de la pausa, ALARCOS LLORACH, *Fonología Española*. Madrid, Gredos, 1950, p. 73. Al valor expresivo se refiere GILI GAYA en *Elementos de Fonética General*, 2.ª ed. Madrid, Gredos, 1953, pp. 51-52.

² ALARCOS LLORACH, *op. cit.*, 73.

³ HJELMSLEV, *op. cit.* Véase nota de la página 267.

gramática, fue fijado por Bally¹ en el sentido de signo sin soporte material en los sonidos, pero con un valor determinado en un lugar determinado del sintagma. Para Bally sólo hay signos cero del significante. Jakobson², en cambio, admite también un grado cero de significados; así, por ejemplo, en latín la ausencia de verbo en las oraciones nominales es un grado cero de significante, desde luego, pero también de significado en cuanto comporta una ausencia de expresividad. Puede existir, sin duda, un grado cero de significado en el sentido especificado por Jakobson. Pero es otro el aspecto que nos ocupa. ¿Es exacto afirmar que el grado cero de un signo lingüístico no tiene soporte material en los sonidos? Lo que vamos a decir puede parecer quizá un poco de bizantinismo; pero no se olvide la importancia suma de la precisión a la hora de las definiciones. Acabamos de decir que la pausa puede ser señal, signo de ausencia de un elemento en la frase y que ese elemento podía estar muy bien en grado cero. Pero la pausa, como tal, en cuanto privación del sonido —privación, no falta, nótese bien—, tiene un valor propio y concreto, un lugar preciso en el sistema fonético. De donde resultaría que el grado cero, al menos en el caso que analizamos, tendría un soporte positivo en los sonidos en cuanto que la privación de los mismos —privación, no ausencia, insistimos— supone una evidente función fonética, en cuanto que el silencio provocado es un valor fonético dentro de la estructura y papel de los sonidos.

B. Las frases nominales de un solo término no son, en realidad, frases gramaticalmente estructuradas, sino que representan un paso entre la expresión pre-gramatical y la frase plena. A esta interpretación se opone explícitamente Jespersen³. Sin embargo, termina por aceptar

¹ BALLY, CH., *Linguistique Générale et Linguistique Française*. 3.ª ed. Berne, 1950, p. 160. También *Copule Zéro et Faits Connexes. Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 1922, XXII, 1-6.

² JAKOBSON, *Signe Zéro. Mélanges Bally*. Ginebra, 1939, 143-152. Sobre otros problemas, GODEL, *La question de Signes Zéro. Cahiers F. de Saussure*, 1953, XI, 31-41.

³ JESPERSEN. *op. cit.* 306-308: «It is, however, being more and more recognized by linguist that besides such two-member sentences as just mentioned, we have one-member sentences. These may consist of one single word, e. g. *come* or *splendid!* or *what?* -or of two words, or more than two words, which then must not stand to one another in the relation of subject and predicate, e. g. *come along!* *a capital idea!* *poor little Ann!* *what fun!* Here we must first guard against a misconception found no less a grammarian than Sweet (NEG § 452) That «from a grammatical point of view these condensed sentences are hardly sentences at all, but rather something intermediate between word and sentence». This presupposes that word and sentence are steps in one ascending hierarchy instead of belonging to

su sentido particular y citarlas en parte dentro de la interjección¹. Wartburg, que también las considera frases, las distingue plenamente de la interjección².

La solución del problema depende del concepto que se tenga de frase. Si la frase se define como enunciado asertivo completo o como unidad de sentido, evidentemente son frases. Aceptadas estas definiciones, hasta la interjección es una frase. Pero lo que interesa saber es si gramaticalmente, esto es, formalmente, son o no frases. Urge, pues, definir gramaticalmente el concepto de frase³. Pensamos, desde luego, que las frases

two different spheres; a one-word sentence is at once a word and a sentence, just as a one-room house is from one point of view a room and from another a house, but not something between the two». Queda claro que nosotros no consideramos esas frases nominales de un solo término como intermedio entre palabra y frase, sino entre interjección y frase gramaticalmente articulada, o, mejor aún, entre lenguaje pregramatical y lenguaje gramatical. Ataca luego Jespersen la interpretación elíptica, que desde luego tampoco nosotros admitimos: «An old-fashioned grammarian will feel a certain repugnance to this theory of one-member sentences and will be inclined to explain them by his panacea, ellipsis... It would probably be better to divide sentences into the following classes: 1) Inarticulate sentences: *thanks, what, of...*». Es decir, Jespersen admite una gradación en la estructura de la frase y asigna el grado infimo a las que nos ocupan, a las que designa como *no articuladas*. Ortega y Gasset las llamaría *invertibradas*.

¹ JESPERSEN, *op. cit.*, 90: «As the last part of speech the usual list give interjection, under which name are comprised both words which are never used otherwise... and on the other hand, words from the ordinary language., e. g. *well, why, fiddlesticks, nonsense, come!*... The only thing that these elements have in common is their ability to stand alone as a complete «utterance», otherwise they may be assigned to various wordclasses». Teniendo en cuenta lo que Jespersen afirma en las palabras citadas en la nota precedente, parece que hay un intento por aproximar la interjección y estas frases de un solo miembro. Queda evidente así la dificultad de Jespersen para integrar tales *one-member sentences* en la frase plenamente gramatical (Véase como complemento n. siguiente).

² WARTBURG y ZUMTHOR, *op. cit.*, 21. Luego, en página 36, habla así de la interjección: «Les interjections, mots dont l'étude ne relève pas de la syntaxe, peuvent être considérées comme des monorèmes exclamatifs de sens embryonnaire». Ahora bien, podría decirse, si las interjecciones son *monorremas*, son frases, aunque de sentido embrionario. Y si son *monorremas* exclamativos de sentido embrionario, véase qué cerca se está de admitir que las frases que discutimos son un grado más del lenguaje pregramatical hacia la frase gramaticalmente estructurada.

³ Como es sabido, éstas son definiciones muy usuales de la frase en los actuales tiempos. Pero no sé si se ha reparado que tales definiciones no son propiamente gramaticales, pues atienden al contenido y al significado, no a la forma. Resulta así la paradoja de que mientras se puede considerar frase hasta la interjección, no son frases muchas subordinadas por el mero hecho de no constituir una unidad

nominales de un solo término no pueden ser consideradas frases desde un punto de vista gramatical; esto es, formal. Cuando el hablante, ante un paisaje hermoso exclama: *magnífico*, sólo una argumentación excesivamente lógica —parecida a la que inventó la elipsis como recurso fácil para explicar fenómenos lógicamente inexplicables— puede descubrir un sujeto, que sería el entorno, el paisaje contemplado. Lingüísticamente nada justifica el pensar tal sujeto. En realidad, en un sistema de equivalencias esa palabra considerada como atributo de un sujeto externo podría ser sustituida por una interjección de sorpresa o de admiración. Algo semejante ocurre cuando se trata de una predicativa de un solo término. Supóngase el caso del hablante que entra en una biblioteca y pide: *aquel libro*. Es fácil decir que existe en esa expresión un verbo de voluntad en grado cero. Pero ¿es así? Gramaticalmente nada lo indica. Lo mismo pudo decir: *aquello* o, simplemente, hacer un gesto indicador. Se ve con ello cuán lejos estamos de una organización frásica gramatical y cómo, en cambio, se bordea un terreno de mera deixis, de simples gestos, que nos situaría en un campo aún pregramatical.

C. Por último, queremos referirnos al valor diacrítico que apuntamos para la pausa; es decir, su capacidad para diferenciar un sujeto y un atributo, un sujeto y un complemento. En un ejemplo como *La Verdeja ciega por el chavea* ¿qué otra cosa, si no la pausa, podría indicarnos que *ciega* es un atributo y no un calificativo de *Verdeja*?

de sentido, aunque formalmente nada les falta para serlo. No quisiera caer en dogmatismos absurdos y pensar que en gramática todo es forma. En otra ocasión intenté probar cómo la exclusiva consideración formal no es a veces suficiente para limitar y definir aspectos gramaticales. Pienso, sin embargo, que se debe recurrir primordialmente a la forma: sólo cuando ésta no baste —sólo entonces— podrán ser atendidos otros aspectos. Por intentar hacer frase hasta de una partícula, por forzar la entrada de lo lógico o lo psicológico en lo lingüístico, es por lo que se ha llegado a definiciones como las que estamos considerando. Juzgo más fecundo y científico para la gramática limitarse a su propio campo y no inventar teorías extra-gramaticales para resolver sus asuntos. Situados en este terreno, nos parece que una definición formal, gramatical de la frase debería considerar la existencia de unos términos dados, bien existencia explícita, bien existencia implícita, pero reconocible por algún signo formal, por ejemplo, la pausa en las frases nominales de dos términos. Esto no supondría conceder preeminencia a ningún término de la frase, sino que todos, como los elementos que componen una fórmula matemática, contribuirían por igual a la constitución de la ecuación, de la frase. La exigencia de una existencia formal de los factores (explícita o representada por un signo formal) evitaría incluir en el concepto *frase* fenómenos que no pasan de ser hechos pre-gramaticales. No podemos, en este momento, alargar estas consideraciones ni entrar a discutir una nueva definición formal de frases.

De este valor puede derivarse una interesante aplicación práctica: la posibilidad de reconocer una frase nominal en casos límites; por ejemplo, en casos de ciertos complementos de manera contruidos absolutamente que ofrecen la apariencia de una frase nominal: *Estaba derecha en una silla, blanca la cara y mate* (J. R. Jiménez, *Platero y yo*, 12 ed. Buenos Aires, Losada, 1952). No hay pausa entre *blanca* y *cara* para indicar que se trata de un calificativo, no de un atributo. Lo mismo en las llamadas *apositiones anticipadas*¹. *¡Desgraciado hombre de mí!* Nótese la diferente estructura gramatical de este sintagma, sin pausa entre sus elementos, y este mismo sintagma formulado en forma de frase nominal, en el cual, en seguida, aparece una pausa: *¡Desgraciado hombre ' yo!*

RICARDO NAVAS.

Facultade de Letras
Assis-São Paulo-Brasil.

¹ Entre otros, véase en LYER, *ZRPk*, LVIII, 348-359, un estudio completo con extensa bibliografía sobre tal tipo de sintagma.